

## **El minero de Chavarú**

*El Farol*, 218. zk., 1966-07/09.

Estamos en Venezuela.

No en Caracas, donde muchos creen que es donde está Venezuela, sino muy lejos de la capital, en la Gran Sabana.

En la Gran Sabana, no en Urimán, donde hace unos años cayeron, por la verdad, y la bulla, de un hallazgo grande, como en un embudo, todos los mineros que estaban surukeando en la Gran Sabana, ni en el poblado de Santa Elena de Uairén, que es punto conocido en la frontera del Brasil, sino en un rincón de sus 35.000 Kms. de municipio, en el Perai-Tepui, que está donde se unen los ríos Kukenan y el Surukún.

Estamos en Perai-Tepui, pero no en Perai-Tepui mismo, donde hay ocho o nueve casitas de minero y un aeropuerto blanco, reverberante, donde hasta se puede encontrar, si se sabe escribir y si se tiene bueno el ojo para verle la luz huidiza, un diamante, sino en una de las minas regadas en este lejano pedazo de Venezuela y de la Gran Sabana, donde están, y desde hace tiempo, abiertas al sueño las minas El Polaco, que lo bautizaron por eso, porque le llegó primero un polaco llamado José, y de donde salió el "Barrabás" de más de 70 kilates, uno de los más grandes del mundo; La Esperanza, donde llegó primero eso que era como una espuela del sueño y se quedó en esto, en el puro nombre dormido; Aguas Negras, porque las aguas de esa quebrada parecen, y son, de ese tiente; La Patria, porque alguien la confundió, como ocurre a menudo, con la aventura de una mina; Santa Teresa, por alguien que le tiene (o le tenía) fe; la Faiska, descubierta por el Dr. Paiva, un brasilero que en mes y medio le sacó 8 kilos de oro; Apoipó, un nombre indígena; La Candelaria, que podría ser el nombre de un hato, pero que no es; El Infierno, algo que se creía localizado debajo de tierra, pero que asoma en cualquier parte, hasta aquí; Bicarbonato, por algún azar; Don Plin, por algún hombre del que se ha perdido la memoria; Sergio, igual; Guiparú, por alguna voz que dijeron y dicen aún los indios; Puerto Polo, por un viejito Polo que no se hizo rico, porque todavía vive de una heladería en Upata; y aún más minas que tienen otros nombres, y otras que no han sido cristianadas porque no dieron nada, y el hombre es mezquino con ellas; y también, y es el punto en que nos hallamos ahora en Venezuela, en la Gran Sabana, en Perai-Tepui, la mina de Chavarú, donde está ahora, frente a nosotros, surukeando, un hombre que lleva quince años haciendo eso, o, mejor dicho, no haciendo sino eso.

### **Chavarú**

Para llegar al hombre hay que alcanzar primero, como en los principios de la creación, el lugar.

Para llegar aquí hay que andar, desde Santa Elena de Uairén, en la frontera de Brasil, unos veinte kilómetros. Son veinte kilómetros de pendientes y pasos de quebrada en los que hay que meterle la mocha al jeep. Y después de este andar largo en jeep es mejor meterse a pie. Y ya, para pasar en equilibrio sobre el tronco de ceiba que está tendido, como un puente, sobre el río, no hay otra manera de ir que a pie. Y no hay por qué montar sobre otra cosa que los pies de uno, tampoco, porque lo que falta hasta el ranchito de palma del minero son dos o tres minutos. Eso sí, eludiendo huecos, unos huecos de tierra blanca, como calcinada. Aquí, en cada uno de estos huecos blancos (como de cal, donde aparecen regados unos materiales negros, como si fuese el residuo de carbón y de ceniza de un incendio, como si cada hueco de estos hubiese sido algún día un volcán) ha estado enterrado un hombre. No un hombre muerto. No es un hombre muerto, no, el que ha estado enterrado aquí, sino un hombre vivo, y hasta un hombre que se cree más vivo que los demás, un hombre que está, y casi siempre *sigue* estando, a punto de hacerse rico. Este pedazo de tierra de unos veinte metros de lado, arado a mano, casi a dedo, y cernido grano a grano, como si los hubiesen estado contando, ha dado 400.000 bolívares en diamantes en unos pocos días.

Y pasando por sobre este breve paisaje lunar hecho por la mano del hombre, estamos ya, ahora sí, en la casa de Luis Continenza.

## El minero

Antes que él ha salido el perro.

Después asoma, con precauciones, el minero, un hombre joven, delgado, tostado por el sol, vestido con una camiseta blanca, un pantaloncito azul y unas sandalias.

Como puede salir un árbitro amateur a pitar un partido.

Dentro de la casita de barro nos presenta a María de Providenza, una brasilera joven que nació en Belén de Pará, entrada en carnes, que en este momento está friendo unas sabrosas tortas para Luis, que no es su marido, porque María es esposa de verdad de Raimundo Bahía, un hombre joven que trabaja para Luis por nada, por sólo la esperanza de que le pague cuando consiga el diamante; y luego nos presenta a Silvio Gonsalvez, otro brasilero ("muito obrigado") éste nacido en Río de Janeiro, Guanabara. Con él ya son cuatro los mineros que viven y sueñan, en Chavarú. Pero la cabeza, y el alma, de Chavarú es Luis Continenza.

Luis nació en Poterno, Abruzzo, en Italia. Junto con tanto artista, tanto artesano, tanto técnico, tanto obrero especializado y tanto peón como da Italia al mundo, ha dado también este minero que ha llegado a la Gran Sabana hace quince años

Y nos enseña un pequeño frasco de remedios lleno de unas piedrecitas negras como "caraotas" y "puntas de lápiz" que son el soporte de su sueño; porque eso es lo que llaman "indicación de diamante".

– ¿Y consiguió algo?

– No, pero ahorita echa... Hay que lavar.

## La mina

La mina que está trabajando. Luis Continenza es el cauce mismo del río Chavarú.

Este no es un trabajo improvisado. Hay, entre muchas clases de mineros de diamante, dos clasificaciones generales importantes: el que anda escarbando a salto de mata, siguiendo la huella del rumor de hallazgos, casi siempre fantásticos, y el que tiene conciencia de que minería de diamante es un oficio, como otro, y busca su propia mina, planea su trabajo y se dedica a él, cueste lo que cueste, hasta terminar. Luis Continenza es de este último grupo de hombres de oficio.

Lleva diez años pensando en cómo meterle el diente a este pedazo de río. Mientras trabajaba en otros puntos transitorios de diamante, pensaba dedicarse a hacerle a este recodo del Chavarú un trabajo grande. Como no tenía los medios, se unió a un socio que tenía 12.000 bolívares, y empezaron a trabajar; pero al poco tiempo el socio se desanimó, porque para perseverar en la fe aquí, donde los milagros ocurren sólo de tiempo en tiempo, es difícil; y el socio se le fue; claro, con sus reales. Luis se tuvo que dedicar otra vez a buscar forzosamente cosas pequeñas, para seguir comiendo, hasta que consiguió unos socios con fe, y con dinero, que le podían respaldar, y estos tres brasileros que se le unieron por la comida y la promesa de cobrar cuando se diese el diamante.

Así es que esta sociedad en comandita establecida sin papeles, con sólo la palabra, está compuesta de Luis Continenza, que tendrá, cuando dé la mina, el 50 por ciento (con el que tendrá que pagar el salario, y la gratificación, de los tres brasileros que trabajan con él) y el 50 por ciento restante para esos socios, que son los que le compran la comida y las herramientas, los que le consiguen su dinamita para volar las rocas y le traen de vez en cuando su botellita de ron.

## Los "surukos"

Mientras Luis Contineza está "surukeando" en el río, los dos brasileros están escarbando para él la "formación" que hay en el hueco estrecho que forman dos rocas enormes. Cuando uno de los brasileros saca una palada, el otro se la pone a Luis encima del suruko, que es un cernedor, para que éste lo limpie y busque el diamante.

– ¿Y si ellos, mientras escarban, consiguen un diamante grande y lo guardan? –le digo discretamente, mientras el brasilero regresa con una pala a por más.

No hay duda que, por la cara que pone Luis Continenza, esta es una buena posibilidad.

– Bueno... eso puede ocurrir. Pero tengo confianza en ellos; lo mismo me pueden poner el diamante en la mano...

Que es tanto como decir que aquí se trabaja a todo riesgo, como en cualquier otro negocio, más en uno como éste, que es negocio de vivos.

– Yo sé de uno –dice mientras gira su suruko con las dos manos– que consiguió a un socio tragándose un diamante. Quiso hacerle vomitar, pero no pudo. Luego, trató de cazarlo cuando iba a hacer sus necesidades. ¡Pero ese diamante se perdió!...

Y Luis Continenza está más atento a las piedras rodadas que se mueven en su suruko que en cualquier posibilidad de engaño.

Este de surukear es el trabajo típico del minero. Es difícil que uno consiga el diamante vivo, brillante, en la superficie. Generalmente, el diamante viene envuelto en tierra, en suciedad; como ocurre con los valores del hombre. Por eso, el diamante es inseparable del agua. Primero, porque el diamante se halla siempre en lo que ha sido o es actualmente cauce de agua, y, segundo, porque hace falta agua para lavar la formación y desnudar al diamante de la tierra y las impurezas que lo envuelven. Este, el trabajo de lavar la formación para descubrirle el brillo al diamante, se realiza con surukos.

El suruko es un término brasileiro para el cernedor; ni más ni menos. El suruko es redondo, y está cubierto por una red metálica. Y, como para la harina, hay surukos para varios gruesos de cernido. Los surukos de minero de diamante suelen ser tres: el primero es una tela de alambre de hueco grande, que los mineros dice que es para "salir de abajo", porque el diamante que quede aquí sin pasar tiene que ser un "Barrabás"; el segundo tiene los huecos más pequeños, es donde quedan atrapados en la red los diamantes medianos, que los mineros dicen que son "para pagar las cuentas"; y el tercer suruko es ya muy prieto, de huecos muy pequeños, donde sólo se pueden coger los diamantes diminutos que los mineros dicen que son "para cuando uno está arruinado", que es cuando uno agarra cualquier cosa.

Luis Continenza pone los tres surukos uno dentro del otro: arriba el de huecos grandes, después el mediano y debajo del todo el suruko de huecos pequeños, y sumerge el grupo de tres surukos en una parte del río donde hay dos palmos de agua. El brasileiro trae su palada de formación y se la vacía en el agua, sobre los tres surukos. Entonces Luis Continenza, que está de pie, agachado sobre los surukos, agarra el grande y comienza a cerner sobre los dos surukos que han quedado hundidos en el agua, para que lo que pase del suruko grande vaya depositándose sobre el suruko mediano. Lo mueve con un movimiento mecánico de gran habilidad. Hace girar el suruko en el aire, y lo deja caer en movimiento a media agua varias veces, de forma que las piedras que van quedando se riegan por inercia sobre toda la superficie de la malla de alambre, y los ojos de pájaro, vivos como diamantes, pueden ver la luz a cada piedra en cada posición, y pueda ver cuál trae el brillo inconfundible del diamante. Y cuando ya la inspección tensa, de jugador, que se practica a golpes nerviosos de suruko, termina, Luis Continenza baja aún dos o tres veces su suruko de piedras regadas hasta tocar la superficie del agua, de forma que cuando entra ese soplo de agua se ve el suruko vivo, como si alguien estuviese soplando debajo del río para facilitar al minero la trascendente y última inspección, antes de que estas piedras con promesas de diamantes se conviertan en simples piedras muertas. Entonces Luis Continenza deja el primer suruko y recoge el suruko mediano, que contiene el cascajo que atravesó la tela grande, y repite la operación rápida, nerviosamente; y luego el tercero, donde no ha caído sino la piedra menuda en que se agota la esperanza de hallar un diamante que valga la pena.

Cuando yo estaba viendo así, fríamente, como quien no le va nada en este negocio, a Luis Continenza, me preguntaba qué impulsaba a este hombre a perderse en esta soledad desde hace quince años.

## El hombre

Y se lo pregunté, para darme respuesta a mí mismo.

– No es por la plata, no... (a Luis Continenza le ha guiñado alguna luz en el suruko, porque lo levanta nerviosamente y lo toca con la mano, cosa que hace muy pocas veces)... El año 55 saqué 100.000 bolívares en una mina ahí arriba... Después saqué 120.000 en El Cajón... Y ya antes, entre 1951 y 1953, había sacado 300.000 en la zona del Acha.

(Yo estoy pensando que el minero exagera, como cualquier otro cazador).

– ¿Y que hizo con esa plata?

– ¡Ah!... (y se ríe)... Eso fue al... diablo... (y se ríe más duro, con esa risa como roses secas que le sale a Luis Continenza) y en cerveza...

– ¿En Caracas?

– ¡No, aquí mismo, en Santa Elena!...

Parece imposible, pero Lautaro Moreno, quien conoce bien de eso, me dice que sí, que aquí se va la plata así, botada en borracheras, y en mujeres, porque en eso acaba siempre la fiebre del diamante.

Y como ve la cara de asombro, y hasta de incredulidad, que pongo, Luis Continenza se ríe, deja de surukear, y me dice:

– Mire, yo no veo un centavo desde hace un año y debo una vela a cada santo... Ya usted sabe que hasta me tienen que dar de comer. Y ya ve usted que estoy trabajando bien duro; pero no importa, porque yo en abril cojo el diamante en bruto; no es que con esa plata me voy a regresar a la ciudad, ¡no! (Y Luis Continenza deposita otra vez el suruko en el agua y con aquella su cara de pájaro se yergue como un águila que se está enfrentando a algo, quizá a sí mismo). Mire, yo tengo 45 años, y estoy todavía joven para coger diamante. En la ciudad tengo que ir vestido; si tumbo una mata me ponen preso; si me muevo más para acá que para allá, me llaman la atención... ¡le aseguro que no hay mejor que esto!... Me acuesto cuando quiero, me levanto cuando quiero, hago lo que quiero...

Yo estoy pensando en que no es mucho lo que puede hacer Luis Continenza en esta soledad sino ahogar su rebeldía contra la vida organizada, contra las pequeñas sumisiones a que tiene que doblegarse el hombre todos los días. Pienso que es posible que haya algo patológico en esa actitud del minero que trabaja para nada, sólo para huirle al hombre.

Porque uno busca el dinero generalmente para liberarse de la obligación, y el peso, del trabajo. Estos hombres no.

Sospecho que estos hombres que se pasan la vida metidos en el agua deben quedar quebrados por el reumatismo y el artrismo; y le pregunto:

– ¿Y si cae usted enfermo?

– ¡Yo nunca he estado enfermo!...

(Pero después él mismo se da cuenta de la bravata)... Bueno, yo sé que me puedo enfermar... Pero, mire usted: yo cuando llegué a Venezuela por el año 50, llegué a Caracas, donde hay con qué curarse; pero hay mucho con qué enfermarse también... En cuanto llegué me dije, "Luis, vete de aquí a algo más tranquilo"; busqué en un mapa y ví

Ikabarú, y me vine a lo más lejos, sin saber si había diamante, creyendo que habría tierra que trabajar, porque yo en Italia era campesino; y vi que había diamante, y me quedé... ¿Qué yo me enferme? ¡Tranquilo!... uno se puede enfermar en todas partes. A mí se me cae el mundo encima, y ¡tranquilo!... Yo he aprendido a no apurarme por nada... Ya ve, que la gente en el mundo está pendiente de que estalle una guerra y caiga una bomba atómica... A mí me cae una bomba atómica encima, y ¡tranquilo!... Porque eso, me puede pasar a cada ratico: me come un tigre o me pica una culebra sin remedio... Nadie sabe cómo y cuándo va a morir... ¿No es verdad?

Yo le digo que es verdad.

– Ya ve usted, ahí está la verdad que ustedes en la ciudad ya no ven...

– ¿Y cuándo piensa sacar diamante de aquí?

– Enseguida... Esto para dentro de quince días da... ¡Cantidad! Esto da 100.000 bolívares en un día, ¡y eso, para esta quebrada es nada!... (Y el hombre muestra la quebrada como si fuese alguien que puede prometer de verdad; pero luego se desvía de pronto su atención de fantasía hacia otro lado)... Pero donde hay de verdad diamante es en la explanada de esa montaña... (Y ya, con esto sólo, con empezar otra vez a soñar, está despreciando la realidad de esta quebrada, que es como si de antemano, por el por –si– acaso de un posible fracaso, estuviese preparando su mente para otra esperanza mayor; porque el hombre no cree en el vacío; el diamante es como un milagro de verdad para seguir creyendo). ¡Ahí sí hay diamante en bruto!... Y este Luis Continenza, un hombre que no tiene con qué comer mañana, si se lo dejan de dar, se siente rico, inmensamente rico, viviendo sobre kilos de diamantes.

Es una riqueza para mañana, a veces un mañana que nunca sacaba de cuajar.

Por eso que el minero habla siempre en futuro.

El futuro es una promesa que no se puede, ni se necesita, comprobar. Es como una mecha que se prende, como una espuela que se clava.

El futuro a veces es eso, un estímulo para algo que va a pasar. Pero otras veces el futuro es una tranquila paciencia; no una paciencia boba, no, sino una impaciencia que se doma día a día, como un potro, porque a eso, a quedarse con la esperanza quieta, se llega solo a fuerza de mucho esperar.

Yo quiero saber antes de despedirme, si Luis Continenza cree en algo más que el diamante, si al menos es supersticioso, si ese mundo desorganizado y vacío del hombre que anda en pos de la suerte, como en una lotería, tiene algún rumbo, aunque sea lejano.

– ¡No! –me dice– ¡Qué va!... Si supiera que yo no creo en nada...

– ¿En nada?

– En nada, le aseguro... Para mí no hay nada más que lo que veo y toco...

– Bueno, de todas maneras, que tenga suerte, que encuentre lo que busca.

Y me dice:

– Vamos a ver... Si, Dios quiere.